

Miércoles Santo



ENTREGA HASTA EL FINAL



Evangelio

Del evangelio de Mateo (26,14-25):

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?»

Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?» Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos."»

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce.

Mientras comían dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.»

Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?»

Él respondió: «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido.» Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?»

Él respondió: «Tú lo has dicho.»

Meditación

Nos encontramos ante el paralelo mateano del evangelio de ayer, que está antecedido en los evangelios sinópticos por la traición de Judas y los preparativos de la cena, que es pascual para los sinópticos, pero no para Juan.

Se nos presenta de manera escueta la descarada pregunta con la que Judas entrega a Jesús: ¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego? Sin duda, uno de los mejores amigos de Jesús, que guardaba el dinero, va a entregar a Jesús a la muerte. Su avaricia e hipocresía, unidas a la duda generada por la identidad real de Jesús, lo lleva a elegir entregar a su maestro.

El momento de Judas es interrumpido por los discípulos, para preguntar sobre el lugar para la cena pascual. Jesús no da precisiones exactas, que seguramente conocían los discípulos, pero sí pone el énfasis en el momento de la hora: "mi tiempo está cerca". Jesús es consciente de que la predicación del reino y el altercado en el templo lo podría llevar a una muerte cercana e inminente.

Además, seguramente comenzaba a intuir la traición que Judas pensaba cometer. Por eso, al sentarse en la mesa, Jesús no pudo soportar tanta hipocresía. Sin embargo, con gestos de aquel que no se cansa de perdonar y dar oportunidades, Jesús denuncia con delicadeza, sin juzgar ni señalar, la traición que se va a realizar. En el mismo sentido de dar el pan untado de ayer, Jesús hoy come en el plato de Judas, como muestra de amor.

Judas, en lugar de callar y avergonzarse, continúa en su hipocresía, y ni siquiera formula la duda como el resto de sus compañeros, sino que cambia la palabra Señor, por Rabbí, de manera tal, que el evangelista mateo va a querer reflejar la diferencia en la comprensión de Judas sobre la identidad de Jesús, que no es el Señor de su historia, sino que es un maestro más.

Podemos vivir en el autoengaño, disimular nuestra mala conducta, pero el Señor Jesús sabe realmente lo que tenemos en nuestro corazón. De nosotros depende tener una actitud de escucha ante la denuncia de nuestra hipocresía que nos hace, o evadir su acusación amorosa para vivir en nuestra propia avaricia y egoísmo, en nuestro miedo de vivir luchando por una causa que parece no tener sentido ni resultados.

Oración

Desenmascara, Jesús, nuestra hipocresía y egoísmo
para poder vivir en libertad y amor.

Que busquemos siempre vivir en la verdad
y apartemos de nosotros la avaricia y la mentira.

Demasiadas veces te hemos vendido,
demasiadas veces hemos apoyado tu crucifixión.

Danos, Señor, un corazón arrepentido
que sepa recibir, con humildad, tu amor.

Que la duda y la incomprensión no cierren
la acogida de tu misericordia.

Gracias por comprar con tu sangre nuestra salvación,
por apostar siempre por cada uno de nosotros.

Reflexión

- La duda y la incomprensión, el miedo y el egoísmo, turban el corazón oscurecido de Judas ¿Qué actitud oscurecen nuestra vida y nos alejan del amor de Dios? **Pensemos con sinceridad cuáles son las actitudes que nos impiden relacionarnos con Jesús.**
- El amor de Jesús es siempre infinito, dispuesto a acoger nuestra mediocridad, pero siempre que aceptemos su perdón. ¿Soy capaz de aceptar el perdón de Jesús o prefiero confiar en mis propias fuerzas? **Reflexiona sobre tu vivencia del amor de Jesús como acogida de un gran don o como algo que compro con mis méritos.**
- Judas es incapaz de acoger a Jesús como el Señor de su vida. ¿Cuál es mi experiencia de Jesús? ¿Es Él el Señor de mi historia? **Piensa en tu historia vital y en aquellos momentos en los que has aceptado a Jesús como tu Salvador.**

Profundización

¿Quién era Judas? ¿Cómo era Judas? ¿Nació traidor o comenzó a serlo un día? ¿Amaba u odiaba a Jesús? ¿O quizá le amaba y odiaba al mismo tiempo? ¿Era un buen muchacho cuando Jesús le eligió para apóstol o fue elegido ya «para» traidor? ¿Qué pensaba de Jesús? ¿Llegó a creer, a conocer, a sospechar que pudiera ser Dios en persona? ¿Cuándo, cómo y por qué entró Satanás en su alma? ¿Cuáles fueron los verdaderos, los profundos móviles de su traición?

He aquí una cadena de preguntas que jamás encontrarán respuesta. Tras ellas se cerró la puerta del misterio sellado con un suicidio. Pero el hombre moderno ha buscado, busca, sigue buscando esa respuesta. Se diría que la figura de Judas le obsesiona. Es, quizá, porque siente que Judas se le parece demasiado. O por ese afán tan moderno de destriparlo todo, de averiguarlo todo, una especie de pánico al misterio y al vacío. O tal vez sea un ansia (o una disculpa) de justicia lo que hace que no nos contentemos con el viejo chafarrinón que convertía a Judas en cubo de todas las inmundicias, en chivo expiatorio sobre quien todos cargaban sus propias traiciones.

Lo cierto es que al hombre actual no le bastan las viejas explicaciones. Y busca. Y, si no halla, inventa. Y luego descubre que ningún invento le sacia, porque ninguno es mejor que el anterior. Y así colecciona Judas como mariposas, busca, revuelve, entra en los laberintos de un alma que no tiene ni entrada ni salida, que se nos escapa, que se nos escapará siempre.

Los evangelistas han sido, además, tremendamente parcos al hablar de este personaje. Lo mismo que los pintores que durante siglos olvidaron su figura, que le pintaban cuando más de espaldas, o en escorzo, como una sombra fugitiva. O como en esas iglesias en las que la figura de Judas ha sido raspada en las sagradas cenas por una monja piadosa o una beata inquisidora.

Sobre la base de los datos históricos, Judas es, para nosotros, como un personaje de tragedia de la que se hubiera perdido todo menos la escena final. Conocemos el desenlace, ignoramos los vericuetos que llevaron a él.

Durante muchos siglos la explicación que ha «funcionado» ha sido la de la avaricia. Con una interpretación absolutamente literal de las frases evangélicas, se pintaba un Judas obsesionado por el dinero (sus símbolos infalibles eran la bolsa y las monedas) que habría vendido a su Maestro para hacer un negocio, aun a sabiedas de que vendía a Dios. [...]

Que en todo esto hay mucho de verdad no parece que pueda negarse. El texto de Juan que llama a Judas ladrón y que afirma que como tenía la bolsa se llevaba lo que en ella echaban (Jn 12, 6) no puede ignorarse ni atribuirse, sin ninguna prueba, como hace Renan, a un supuesto odio de Juan hacia Judas. Tampoco parece que la venta por treinta monedas pueda interpretarse, sin ningún argumento serio, como algo puramente simbólico. Una fuente no puede descalificarse sin más y, en todo caso, una fuente vale más que cien hipótesis. Por otro lado, no hay que quitar importancia a un vicio como la avaricia capaz de empujar a los gestos más sórdidos. Ni es tampoco muy coherente que en un siglo como el nuestro, habituado a poner lo económico por encima de todos los demás valores, se desprecie, en el caso de Judas, la posibilidad de la traición por razones de dinero.

Sin embargo, parece claro que el misterio de Judas va más allá que un simple problema de avaricia. Si el discípulo que le vendió hubiera seguido a Cristo sólo por razones económicas, no se entiende cómo no buscó una compañía más rentable que el pobre grupo de desarrapados que era, en definitiva, el que seguía a Jesús. Y, a poca inteligencia que Judas hubiera tenido, se hubiera dado cuenta, antes de un mes, de que, siguiendo a Jesús, pocas esperanzas económicas podía tener. Sus sisas de la bolsa no hubieran contentado a ningún avaro. Pudieron ser un vicio más en un alma pequeña, pero no el vicio central de un alma grande, aunque se tratara de una grandeza torcida. Tampoco se entiende que un verdadero avaro hubiera pedido por Cristo un precio tan pequeño. Los treinta siclos de plata no eran ciertamente esa propina que dicen muchos comentaristas. Treinta siclos era lo que Judas hubiera ganado trabajando ciento veinte días en las viñas o en el pastoreo, ya que el salario normal que entonces se pagaba y del que nos hablan repetidamente las parábolas era un cuarto de siclo de plata al día. Pero, aun siendo esta cantidad bastante grande en una economía miserable como era la de Palestina entonces (la renta media por cabeza se ha calculado en 62 dólares actuales al año), tampoco puede decirse que se tratara de una cantidad sustanciosa que compensara de algún modo la traición a un amigo.

En tercer lugar, es difícil que un avaro, aun arrepintiéndose, tire de esa manera el dinero recibido. Siempre hubiera encontrado disculpas como invertirlo en el entierro de Cristo o en ayuda de sus compañeros apóstoles. La psicología del avaro puro es más retorcida que la de alguien para quien la avaricia es sólo una parte de su corazón. Parece, por todo ello, que no se equivocan quienes estiman que, junto a la avaricia, tuvo que haber otros factores de corrupción en el alma de Judas para conducirlo a tan trágico desenlace.